

Valladolid, 4-5 de Abril de 2008

Nadar antes de lanzarse al agua

Juan Manuel Delgado Peñaranda – Profesor de Filosofía de Secundaria del IES Ornia

Pescadilla que se muerde la cola. C3rculo vicioso insalvable. Solipsismo trascendental inherente. Estas y otras muchas expresiones habr3a 3nicamente quiz3s que expresar si queremos o pretendemos dar un ultimatum de la naturaleza humana.

¿Qu3 es el ser humano?

Pregunt3monos en primer lugar: ¿qu3 es aquel que (se) lo pregunta? ¿Qu3 puede ofrecer objetividad ante una autoreflexi3n? Explicar al ser humano, m3s all3 de esencialismos (y quiz3s a3n con estos), es explicar al sujeto humano, y, esta labor no la har3n otros sino que sujetos humanos. Desde luego, (al ser humano) le es patente que 3l es la 3nica especie que se pregunta por s3 mismo –siendo la 3nica especie que se pregunta y pregunta cosas.

Cuando el hombre se cuestiona su mundo, est3 tratando de describir, con la mayor exactitud y objetividad posibles, los fen3menos y seres que le rodean. Pero este tipo de descripci3n es, en 3ltimo t3rmino, pensamiento y reflexi3n humana, con par3metros humanos. Es por ello que el mismo Hume hizo un “pequeño” rodeo – comparable al plat3nico respecto a la dedicaci3n pol3tica- a su primera intenci3n de realizar un compendio enciclop3dico de todo el saber de su 3poca, para dedicarse a una tarea previa en el orden jer3rquico de las certezas: el estudio de la naturaleza humana, y, m3s concretamente, la indagaci3n sobre el conocimiento humano: la naturaleza del mismo, sus funciones disponibles y los l3mites de sus capacidades respecto de lo m3s verdadero que pueda considerarse. Es l3gico dicho cambio en el orden jer3rquico cognoscitivo, pues antes de determinar c3mo es el mundo, debemos estar seguros de que dicho conocimiento no est3 sesgado por el propio modo de conocer del hombre. Esto es: antes de conocer el mundo, debemos conocer c3mo conoce el hombre.

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

En esta labor ingente por intentar determinar la razón o facultad de conocimiento humano, en su forma más pura y radical, Kant elaboró un escrito para tratar de dilucidar qué *forma* tiene la jarra de la psiché humana sobre la que llega el agua de la realidad. Pero ya en dicha tarea de tratar de situar la apercepción trascendental, el yo más puro y esencial desde el que se concibe, recibió la crítica de intentar hacer algo tan imposible como aprender a nadar sin lanzarse al agua. Esto es: cómo podríamos describir la razón humana antes de conocer nada, si esta descripción ya supone un conocimiento humano; y, por consiguiente, subjetivo. Determinar los criterios de verdad de nuestra razón, haciéndolo, a su vez, desde y con nuestra propia razón, puede considerarse manipulativo y autoengañoso.

Y es que la mente humana, la razón, como ya bien nos expuso Descartes, y posteriormente rearfirmó la fenomenología, es ese círculo sobre el que nos encontramos del cual no cabe salir.

Habiendo tenido en cuenta esta necesaria matización relativista y en cierto modo escéptica, podemos no obstante repasar junto a un pequeño elenco de pensadores filosóficos, lo que supone el hombre.

Para Platón el hombre era una escisión entre algo pueril y perecedero como es la materia de su cuerpo y algo que le aproxima a lo divino y eterno del mundo inteligible como es el alma, instrumento que le posibilita iniciar un camino de sabiduría y educación para lograr una comunidad moral donde la especialización de tareas-virtudes comporte un perfeccionamiento vital.

Su discípulo Aristóteles prácticamente no se desliga de lo central de estas afirmaciones, si bien es cierto que el hombre solo cobra realidad (substancialidad) en este el único mundo de la physis, donde, guiado por una sabiduría atenta a la observación, logrará en la vida autosuficiente de la ciudad, la perfección moral y la autorrealización y felicidad personal fundidas en el bien comunal.

Saltando de etapa, encontramos en Santo Tomás y en toda la Edad Media la consideración del ser humano como criatura que se debe a su Creador; deber ya explicitado en una serie de normas y dogmas religiosos, que el hombre puede tratar de hacer comprensibles para aproximarse a esa naturaleza inteligible e inteligente (omnisciente) que es Dios. La vida del hombre (al igual que en Platón) es un tránsito hacia algo mejor, superior. El fin de su vida llegará con el final de la misma.

Ockham respeta –más aún si cabe, no olvidemos que es voluntarista- todos estos parámetros de fe, si bien despoja al hombre de toda pretensión cognoscitiva en ese

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

intento -¿doble?- de: restar orgullo a la prepotencia del hombre escolástico por querer llegar a comprender lo divino, depurando así la creencia de todo embarullamiento argumentativo y de toda traba racional en una época donde la reflexión empírica comenzaba a cuestionar en sobremanera la tradición.

La Edad Moderna de Descartes nos trae un hombre de nuevo escindido, donde la substancia radical –en el orden del razonamiento- pensante, fundamenta -¿paradójicamente?- la substancia originariamente radical, divina. Descartes construye un hombre encerrado en pensamientos, pero abierto, de un modo ontológico-anselmiano- a la posibilidad de validar las certezas con un mundo externo objetivo. (¿Nos duele esa contrariedad de rigor en el pensador francés?)

Hume desechará esa marea de verdad formal y, en un intento de ser más papista que el Papa (curiosamente, algo que quiso ser en su crítica al clero el paradójico mentor de Hume, como fue Ockham), demostrará que el verdadero científico debe tener mucho cuidado con la gratuidad de la inducción empírica, si bien es cierto que los sentidos son la facultad más fiable y que el escepticismo al que pueden abocarnos hace imposible la vida práctica. Por la vía fenomenista le aproximarán a Descartes; por sus ideas antimetafísicas le enfrentarán a él. ...Y es que, hasta el propio David Hume, como ser humano que fue, resultará difícil de catalogar. Por otro lado, Hume, junto a otros coetáneos, se aproxima a un ideal del ser humano libre y tolerante.

Para mediar entre ambas corrientes, Kant nos presenta a un hombre que, en el plano cognoscitivo, debe hacer gala de sus dos facetas, sensibles y reflexivas, para comprender y explicar un mundo, que le sirva para completar un camino de progreso – en cierto modo irrefrenable, sin ser tan determinista como Hegel-, teniendo como última meta el fin moral de la paz perpetua entre los hombres (las guerras ¿de religión? habían causado durante siglos muchos estragos). (*Por mucho que circunscribamos el conocimiento como el objeto de estudio filosófico más propio de la Edad Moderna, en todo filósofo, la sabiduría es una parte esencial del hombre).

Tras revoluciones y progresos exponenciales, el exceso de optimismo heredado genera una filosofía contracultural que desemboca en unas grandes críticas al quehacer del propio hombre. Por primera vez, el filósofo no cuestiona tanto la argumentación de otros hombres como la acción de los mismos en sociedad.

En Marx encontramos una filosofía centrada en la praxis humana (no solo entendida como moral), diferenciando entre lo que el hombre es y ha sido y lo que debe ser (o irremediablemente será). La antropología marxista podría resumirse en una suerte

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

de hombre-producto natural que necesita del trabajo para subsistir en primer término y realizarse en último. “El hombre es el ser supremo para el hombre”, escribió Marx. En cierto paralelismo con los filósofos antiguos, solo una labor comunal y social podrá al hombre hacerle libre, feliz y humano. (Digamos que desde Darwin encontramos la terminología des-humanizadora, pues existe el hombre-homínido y el hombre-humano. La humanidad o dignidad es algo que puede desprenderse del hombre y que éste nunca debería renunciar).

Nietzsche retoma la descripción de un ser humano muy poco valorado durante la historia del pensamiento. El superhombre nietzscheano es alguien que quiere ser trascendentalmente libre, sin ninguna barrera moral o cognoscitiva que se lo impida. Creador esteta de su propio destino y movido por su parte más esencial, que es la volición animal. Digamos que en Nietzsche, en esa radicalidad de crítica, no nos quiere mostrar ningún ideal de hombre (desde luego, nunca una *idea*). Es, o podría ser, un hombre totalmente indefinido por definición, un hombre novedoso y original en cada ser concreto y en cada momento concreto, un no-saber libre de nuestro destino, una concepción de ser humano abierta (quizás demasiado abierta para aquellos que quisieron tergiversarle) y ceñida únicamente por los límites del deseo.

Y cerramos nuestro pequeño pero útil programa de autores con el madrileño Ortega. Hace casi un siglo el catedrático español intentó circunscribir la reflexión filosófica a la utilidad humana de los seres concretos que forman dicha especie; esto es: circunstancializar el saber (sin por ello desmerecerlo), para así lograr ese fin pretendido por la filosofía desde sus comienzos: hacer de la educación el pilar básico de la libertad, desarrollo y realización humana. El ser humano orteguiano es realmente ese ser concreto, individual, contextual que hemos mencionado en Nietzsche pero que él no lo hizo. El ser humano orteguiano tiene nombre y apellidos, como su tiempo, como su historia que le constituye. Por eso, al igual que en Nietzsche, tampoco podemos trazar unos parámetros universales que lo describan y expliquen, pues la vida que lo conforma es siempre algo más fungible y flexible. Ahora bien, la animalidad o estricto vitalismo nietzscheano es corregido en Ortega por una apuesta –al modo renacentista- por la razón, por la posibilidad de trazar un camino de verdad, de seguridad, cuando de menos de consenso necesario en la vida social. El ser humano no nace, se hace. Porque ni siquiera nuestra definición viene dada. No al menos en su forma completa y superior. Hasta para eso el hombre posee –o se le impone, diría Sastre- la libertad. Somos libres para ser lo que somos: humanos. Escribe Ortega: “Mientras el tigre no puede dejar de

III Olimpiada filosófica de Castilla y León

ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse”. Y si esto suena a poesía esencialista, que alguien me explique qué humanidad existe en aquellos seres (del ser parmenídeo solo nos desprende la finitud) que aparecen cada día en multitud de sucesos que ni los animales más sanguinarios acometen.

Si repasamos las antropologías actuales, encontraremos signos de definición humana tales como el lenguaje, la posibilidad de crear útiles artificiales, la sociabilidad, la autoconciencia, la expresión estética, el sentido moral, etc. etc. Ninguna de ellas es definitiva –aunque traten todas de ser definitorias- y en todas cabe, como ya comprobamos al comienzo de la exposición, la crítica y el reajuste. Pero, si hay algo con lo que quiero finalizar, y así resaltar, es con ese aspecto abierto e inacabado de la propia definición de ser humano. Si esto es posible, además de por las características anteriormente citadas, es porque existe, como poco en grado mínimo y a nivel mental, la libertad. Libertad de pensar. El hombre es ese ser que, porque es libre para hacer crítica, quizás nunca encontrará una definición humana que le satisfaga. Quizás nunca sepa qué es el ser humano, qué es él mismo. Quizás no quiera saberlo porque así puede ser esto y aquello.

Y es por ello que, aún siendo algo contradictorio a la razón o insalvable –como parecíamos mostrar al comienzo de lo expuesto- el hombre puede querer nadar aún sin lanzarse al agua. Su explicación será siempre una asíntota tendida que nunca llegue a mostrarse. El hombre salta a veces las trincheras de la lógica y de la necesidad para refugiarse en su creación constate y a momentos ilegible. Solo de esta forma podemos comprender junto a Ortega, cómo: “El hombre se diferencia del animal en que bebe sin sed y ama sin tiempo”.